

La calle para el martes 30 de noviembre de 2010

Diario de un espectador

Elizabeth, hija y madre

Miguel ángel granados chapa

Elizabeth es una joven abogada, enteramente dueña de sí misma. Interpretada por Naomi Watts, aparece por primera vez en la cinta *Madre e hija*, de Rodrigo García, a la que nos referimos ayer, en una entrevista de trabajo con un abogado de cierta edad (Samuel L. Jackson), dueño de un prestigiado bufete en Los Ángeles. Él queda impresionado con el currículum de la aspirante, y la contrata, no sin antes pedirle alguna información personal. Ella la ofrece sin ambages: fue entregada en adopción al nacer, y lo ignora todo de sus padres naturales; su padre adoptivo murió cuando ella tenía diez años de edad, y con su madre adoptiva no mantiene relación. Está sola en el mundo y hace lo que le place.

No tardan en entablar una relación sexual, en que ella tiene la posición dominante. Ella establece las posiciones que han de adoptar cada uno, y pone los ritmos para llegar a la culminación del placer, primero el suyo y luego el de su jefe y amante, a quien busca disminuir llamándolo anciano en pleno acto sexual. La primera vez que fueron juntos al departamento de ella, al encontrarse con una pareja que habita en el mismo piso, Elizabeth lo presenta como su padre.

Ella es libre por entero, y a pesar de la relación que va perfilándose como amorosa, no vacila en provocar a su vecino, ante el que se muestra semidesnuda en el balcón y luego incita a aprovechar una ausencia de la esposa para que tengan un coito en la cama conyugal, al terminar el cual ella se despoja de su pantaleta y la oculta en un armario, entre la ropa de él, de suerte que algún día la esposa se tope con la prensa y el infiel tenga problemas.

La relación con el jefe se rompe por precaución del viejo: está enamorándose de ella y percibe que sufrirá si se deja llevar por esa emoción y se expone a la dureza que él adivina en su trato. Pero poco después ella acude a examinarse porque no ha tenido menstruaciones y es sumamente regular. La anomalía la extraña porque a los 17 años se ligó las trompas para no concebir. Demasiado tarde se entera de que esa operación no imposibilita el embarazo y recibe con irritación la noticia que le da la ginecóloga. Está preñada pero puede hacer una cita para un aborto. La suposición de que no quiere ser madre la irrita aún más. Decide tener a quien supone es hijo de su jefe, del cual se despide sin avisarle de sus nuevo estado.

Se emplea en un bufete de mucha menor importancia que el anterior y decide buscar a sus padres biológicos. Simultáneamente hace lo mismo, en relación con su hija entregada treinta y cinco años atrás, Karen, que es ya una mujer feliz con su buen marido. Éste la convence de que busque a

su hija que, ya lo adivina para entonces el espectador, no es otra sino Elizabeth. Cada una por su lado acude al orfanato donde se produjo la adopción. El mecanismo para que entre en comunicación los padres y los hijos dados en adopción consiste en escribir una carta manifestando el deseo de encontrarse. Sólo cuando ambas partes lo han hecho se les pone en contacto.

Un error burocrático (una empleada que no coloca la carta de Elizabeth en el expediente respectivo) impide que madre e hija se encuentren. Mientras tanto, Elizabeth llega al momento de alumbrar. Sin condiciones para ello, pretende tener un parto natural, y no por cesárea como lo prescribe el médico. El resultado es que ella muere en el esfuerzo. Y su hija es para Lucy.